

«Nuestros quintos, en presencia del enemigo por vez primera, aunque guiados por oficiales que habían pasado su vida en el campo de batalla y por un general cuyo solo aspecto les hubiera bastado para entusiasmarse, avanzaban con el ímpetu propio de un valor ardiente y juvenil. Tenían que salvar una ondulación del terreno bastante elevada, tras de la cual veían numerosos escuadrones, apoyados por infantería ligera y artillería de campaña, recibiendo las primeras balas rasas sin demostrar la menor vacilación. Algunos tiradores escogidos salvaron este accidente del terreno y obligaron á retirarse á los tiradores enemigos; siguiéronles, y bajando á la hondonada remontaron el lado opuesto, desembocando en masas compactas por la llanura y haciendo un fuego de artillería sumamente vivo sobre el enemigo. Tras algunos disparos de cañón, la división de caballería Landskoy se adelantó al galope sobre los cuadros franceses; éste fué el momento crítico. El anciano é intrépido Souham, el heroico Ney y los generales de brigada se colocaron en sus respectivos cuadros para sostener su infantería, no acostumbrada á tal espectáculo. A una señal dada, una oportuna descarga de fusilería recibió á la caballería enemiga y la detuvo. Nuestros jóvenes soldados, admirados de este resultado, esperaron á pie firme un nuevo asalto, que rechazaron aún mejor, mordiéndolo el polvo los soldados de Landskoy; inmediatamente, Ney deshizo los cuadros y formando sus tropas en columna, rechazó al enemigo, felicitando después á sus valientes quintos, que llenaron los aires con el grito mil veces repetido de: «¡Viva el Emperador!» Desde este momento, todo era de esperar por su parte; entraron en Weissenfels persiguiendo á los Rusos, arrojándoles de la plaza y quedando al caer la tarde dueños de esta posición decisiva. Ney, que desde su juventud no había peleado con soldados tan jóvenes, se apresuró á escribir á Napoleón manifestándole su alegría y su confianza, y diciéndole: — Estos niños son verdaderos héroes; haré con ellos cuanto queráis. » (THIERS).

Al día siguiente, 1.º de Mayo, Ney tomó el desfiladero de Rippach, cerca de Lutzen, en cuya acción murió el mariscal Bessieres. «Su mando de la caballería de la guardia le exponía poco, dice Segur, y después de su campaña en España hacía la guerra casi por pura curiosidad; acudió al oír el primer cañonazo, y el segundo le mató.»

Napoleón trató de envolver la derecha del enemigo por Leipzig, pero Blucher y Wittgenstein se proponían también envolver la derecha francesa. El ejército aliado cayó en Lutzen sobre el general Ney, que ocupaba esta posición para proteger el movimiento del Emperador; éste, que se había reunido en Leipzig con el príncipe Eugenio y Macdonald, corrió en auxilio de su general, cuyos 45.000 hombres habían sido atacados en Kaya por 80.000 rusos y prusianos, los cuales habían

pasado la noche en Pegau, á unas dos leguas del ejército francés, que, falto de exploradores, lo ignoraba, encontrándose sorprendido por el ataque. «Fué éste tan imprevisto, — dice el general Segur, — que la división de Ney se encontraba sin jefe, pues éste había ido á acompañar personalmente al Emperador. Mientras el general volvía á galope tendido al lugar del combate, y sus cuadros, diezmados por la metralla y la fusilería de Blucher, retrocedían ya hacia Kaya, bastó á Napoleón una sola mirada, tan súbita como el mismo peligro, para abar-



*Viva el Emperador!, Lutzen, 1813. (Copia de una litografía de Raffet)

carlo todo, el mal y su remedio.» Napoleón dió orden á Macdonald y al príncipe Eugenio para que se lanzasen sobre el flanco derecho de Blucher, encargando al general Bertrand, que aun iba rezagado, el ataque del flanco izquierdo, mientras que él trasladóse personalmente, acompañado de la guardia, á Kaya. «En medio del sobresalto de un ataque tan brusco, — continúa el general Segur, — todas estas órdenes se pensaron y dieron con la rapidez del rayo. Pero lo que verdaderamente admira es que estas marchas y contramarchas, y todas estas maniobras, se ejecutaron rápidamente y sin confusión, y que nuestros quintos, gran número de los cuales habían llegado desarmados al Rhin y acababan de recibir las armas por vez primera, marcharon al combate con la misma seguridad que nuestros intrépidos marinos y

la vieja guardia, cayendo y muriendo al grito de «¡Viva el Emperador!» ¡Tan entusiasta y belicosa era aquella generación, tan grande la confianza, y tan elevado y poderoso el impulso que la movía!»

Trabóse un espantoso combate en Kaya, tomado y perdido cinco veces consecutivas, para dar lugar á la llegada de Bertrand, que debía ser decisiva. En efecto, al aparecer sobre la izquierda enemiga, una carga de la guardia imperial y el destrozo que hizo en las filas de los aliados la artillería de Drouot, en combinación con el ataque de Bertrand, obligaron á Blucher á batirse en retirada, después de perder más de 20.000 hombres. Si Napoleón hubiese podido disponer de una caballería bastante numerosa, esta pérdida hubiera sido doble; pero, á pesar de esto, la victoria de Lutzen contribuyó á que Napoleón pusiese toda su confianza en su nuevo ejército. «En los veinte años que estoy al frente del ejército francés, decía, no he visto mayor valor ni entusiasmo. El honor y el ardimiento les brotaban por todos sus poros á mis jóvenes soldados (1).»

Esta victoria hizo dueño á Napoleón de la línea del Elba, que los aliados se apresuraron á rebasar, retirándose sobre el Sprea. Mientras el Emperador volvía á entrar en Dresde con el rey de Sajonia, á quien este triunfo había devuelto la corona, Blucher y Wittgenstein se atrincheraban en Bautzen, en una posición sumamente fuerte, en medio de un país montañoso, cubierto de bosque y de lagunas, en las cuales nacen el Sprea, que desemboca en el Elba, y el Neisse de Gœrlitz, que desagua en el Oder, y en el que habían operado y combatido varias veces los ejércitos de Federico *el Grande*. Los aliados prefirieron no alejarse de Silesia y de Austria, cuyas disposiciones favorables para ellos conocían ya, y abandonaron la defensa de Berlín, que hubieran podido salvar después de la batalla de Lutzen. En su nueva posición daban su frente al Elba, apoyándose la derecha en las colinas de Krekewitz y la izquierda en las montañas de los Gigantes, ocupando el centro Bautzen. Wittgenstein mandaba la izquierda, y Blucher la derecha, teniendo detrás fuertes trincheras para defenderse

(1) El poeta Viennet, entonces capitán de artillería, fué condecorado por el Emperador por su brillante comportamiento en el mismo campo de batalla. Más adelante cayó prisionero en Leipzig.

hasta el último extremo si Napoleón lograba arrojarles de las primeras posiciones, que ocupaban con 170.000 hombres. El 20 de Mayo, Napoleón emprendió el ataque, y á pesar de la inferioridad numérica de sus tropas se apoderó de Bautzen. Continuó la batalla todo el 21, con ventaja al principio para los aliados, que no perdieron terreno; pero la llegada de Ney con 60.000 hombres, que se lanzaron sobre el flanco derecho de Blucher, les arrojó de sus posiciones y puso fin á la resistencia.

La victoria hubiera sido mucho más importante si Ney se hubiese apoderado de Wurtschen y de Hochkirch, los dos únicos caminos



Antonio Drouot. (Retrato hecho por Singry)

por los que pudo operar su retirada el ala derecha de los coaligados, pues entonces habrían caído en su poder 28.000 prusianos y 200 cañones; pero á causa de haberse extraviado algunos despachos y de haber interpretado mal otros, no pudo obtenerse este resultado. Ney recibió en Luckau la orden de marchar sobre Berlín; el general Jomini, su jefe de estado mayor, no comprendiendo este movimiento excéntrico, tan contrario al método de Napoleón, trató de disuadir al mariscal; pero como éste persistiese en cumplimentar la orden, tuvo la suficiente energía para negarse á comunicarla y á firmar los partes como jefe de estado mayor. Ney adoptó entonces un término medio y se detuvo en Lubbin; después, habiendo sabido, por un despacho interceptado, que Barclay se dirigía hacia Bautzen, se decidió por fin á cambiar su movimiento, teniendo la suerte de llegar á tiempo á Baut-

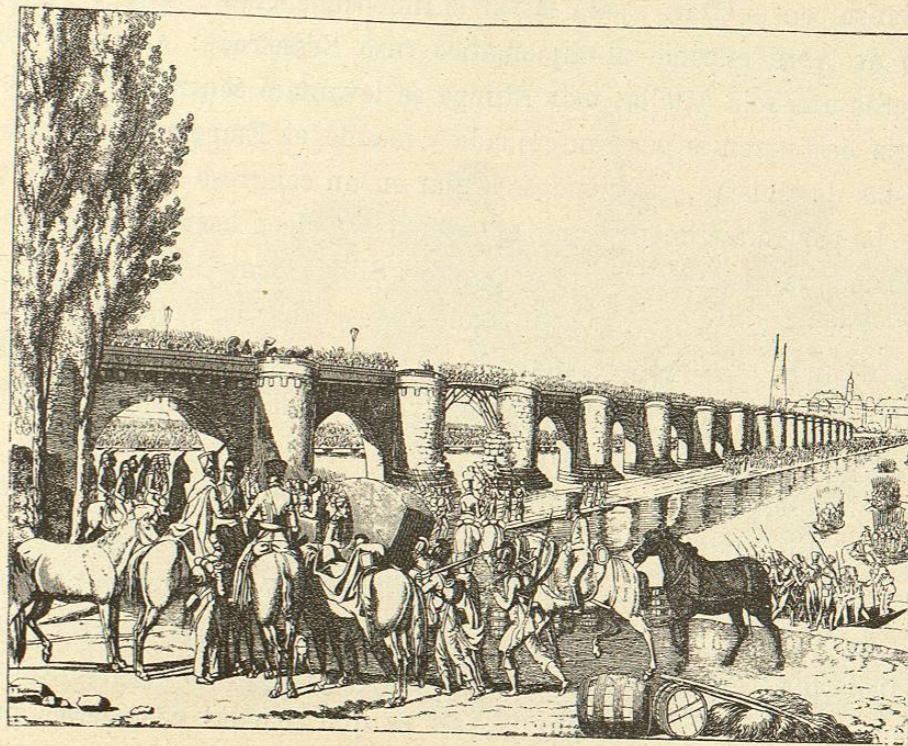
zen para decidir la victoria (1). Pero con este triunfo, que hubiera podido ser decisivo, sólo se ganó un campo de batalla cubierto aproximadamente por 30.000 muertos y heridos de ambas partes, 18.000 aliados y 12.000 franceses. «¡Cómo!—decía el Emperador,—¿ningún resultado tras de semejante carnicería?... ¿Ningún prisionero?... ¡Esta gente es capaz de no dejarme ni un clavo!»

La retirada no tuvo los visos de una derrota. Blucher tomó el camino de Gorlitz y no retrocedió sino defendiendo palmo á palmo, con encarnizamiento, sus posiciones. En el desfiladero de Reichenbach una bala de cañón, al rebotar contra un árbol, hirió mortalmente, al lado de Napoleón, al general de ingenieros Kirgener y á Duroc, gran mariscal de palacio. Napoleón acudió en seguida al lado de su amigo, que con las entrañas destrozadas olvidó los atroces dolores que sufría para dar el último adiós á su general y á su señor, á quien las lágrimas ahogaban la voz, y le manifestó la esperanza de encontrarle en otro mundo mejor, suplicándole se retirase para no presenciar el triste espectáculo de su agonía. Napoleón permaneció toda la noche junto á la cabaña donde el gran mariscal luchaba con la muerte, rodeándole un batallón de su guardia; los granaderos se sentaron delante de su tienda, con los brazos cruzados y la cabeza baja, interrumpiendo sólo aquel triste silencio para exclamar compasivamente: «Pobre Duroc!»

Napoleón persiguió á Blucher, paso á paso, hasta el otro lado del Oder, levantando el sitio de Glogau el 26 de Mayo. Estos triunfos comenzaron á desanimar á la coalición. «¡Lo mismo que en Auster-

(1) Ney recibió en el camino las órdenes atrasadas que confirmaban por completo las previsiones de Jomini. Se ha juzgado generalmente con demasiada severidad al mariscal Ney en esta ocasión; en este punto nos atenemos á la versión dada en el opúsculo: *El general Jomini y las memorias de Marbot* (6 de Marzo de 1893). Ney, generosamente, hizo recaer una gran parte de las felicitaciones que recibió entonces en su jefe de estado mayor y le puso al frente de la propuesta de recompensas; pero Jomini, en vez de la recompensa que esperaba, fué castigado severamente bajo un fútil pretexto, castigo que debió á los pérfidos manejos de Berthier, quien sentía en el fondo la superioridad de Jomini y había resultado herido más de una vez por las justas críticas de este oficial. Es una injusticia el haberle acusado de haber vendido el secreto de las operaciones de la campaña á los aliados. «No hizo traición á sus banderas, como A., M. y B.,—dijo Napoleón;—tenía derecho á quejarse de una gran injusticia y estaba indignado por un noble sentimiento. No era francés; el amor de la patria no pudo detenerle.» Con las iniciales A., M. y B., Napoleón designa seguramente á Augereau, Marmont y Bourmont. Sobre Jomini, véase Sainte Beuve, *El general Jomini, estudio*, París, 1869.

litz y en Jena!» decían; surgieron diferencias entre los generales rusos y prusianos, y las poblaciones del país atravesado por las tropas estaban indignadas contra los Rusos, lamentándose de verse más maltratadas y saqueadas con mayor crueldad por sus aliados que por sus enemigos los Franceses. Sin duda los Rusos no habían olvidado la conducta de las divisiones alemanas durante la campaña de 1812, en la



Paso del puente de Dresde por el Grande-Ejército (14 de Mayo de 1813). (Copia de un grabado alemán de la época).

que tuvieron motivo para quejarse de ellas más que de los Franceses y les llamaban «el ejército sin cuartel.» Napoleón, por el contrario, se esforzaba cuanto podía para que sus tropas observasen una rigurosa disciplina y había tomado las medidas más severas para reprimir el pillaje. El ejército francés ocupaba entonces Glogau, Schweidnitz y Breslau; en un mes quedó en libertad Sajonia y conquistada casi por completo Silesia.

En este momento intervino Austria, y las negociaciones de 1813 son la obra maestra de la carrera diplomática de Metternich, cuyo éxito hacía largo tiempo que venía preparando. «Tranquilos é inacti-